



Fabio, ménos por amor de justicia y de virtud que por odio á Escipion, y para castigar su gloria (1). Hubo un verdadero combate entre Escipion y Caton. Cuestor en Sicilia bajo Escipion el Africano, Caton abandonó á su general para ir á Roma á acusarle; tampoco perdonó al asiático ni cesó de perseguirle. Poco importa que reprendiera él mismo ó que dirigiera sus ataques por medio de otros; solamente este segundo procedimiento era infame.

De esta manera consiguió que los dos hermanos y tribunos Petilios acusáran ante el senado al Africano de haber recibido grandes cantidades, á lo cual contestó que no habia traído del África más que un apellido. Esta respuesta era un rasgo admirable, pero una razon muy débil ante su opulencia, y entónces Escipion exclamó: «Ciudadanos, en igual dia vencí en Zama, vayamos á dar gracias á los dioses.» Inmediatamente marchó seguido de la multitud al Capitolio y á los templos, dejando solos en aquel lugar á los tribunos y porteros. Mas luégo que hubieron dado gracias á los dioses, la acusacion continuó. El asiático iba á ser conducido á la prision, pero la oportuna llegada de su hermano le salvó, dispersando á la muchedumbre é hiriendo á los tribunos. No se sabe con seguridad cómo terminó este asunto, ni tampoco dónde y cómo murió el vencedor de Cartago, y si su ingrata patria conservó sus huesos (2).

(1) Putarco, *Vida de Caton*; Floro, Tito Livio. M. Cevesque no estimaba á Caton, y tenía razon, porque le persiguió particularmente; véanse además MM. Dumont, Michelet, etc.

(2) Tito Livio, lib. XXXVIII; Séneca, *De brev. vit. vii.*

Es digno de mencion el descubrimiento del supersticioso é infame misterio de las *Bacanales*; un liberto dió á conocer repentinamente todos los horrores que ocultaban las religiones extranjeras. No obstante las persecuciones en la ciudad, á pesar de las condenaciones en número de más de dos mil, pronunciadas por un sólo pretor, y del suplicio de más de siete mil culpables, continuaron los desarreglos, los asesinatos nocturnos y los envenenamientos. Un procónsul en Cerdeña, despues de haber condenado á muerte á más de tres mil criminales, manifestó que renunciaba. Júzguese por esto del estado de Roma.

Ante tal corrupcion poco valian las censuras de Caton que, como siempre, atacaba los vicios, deprimia á los caballeros, á los ciudadanos, á los senadores, y sobre todo se encarnizaba contra sus enemigos personales. Entónces era cuando quitaba á Escipion su caballo, levantaba fraudulentamente las tasas ó cuotas y destruía los edificios particulares para edificar su famosa basilica Porcia. Caton consiguió que el pueblo, á quien habia adulado, le levantara una estatua con esta inscripcion:

En honor de Porcio Caton, por haber restablecido con sus saludables disposiciones la república romana, á quien la decadencia de las costumbres precipitaba á su ruina (1).

Muchos no han visto en la vida de este rígido personaje más que la inscripcion de la estatua: un poco más hay que estudiar en Caton el censor.

Véase, pues, cómo la historia interior y la exterior de Roma se desarrollan y explican á la vez.

(1) Plutarco.

CAPITULO XIII

(179 A 134)

Consecuencias de la conquista de Europa.—Muerte de Anibal.—Muerte de Filopemen.—Perseo y la tercera guerra de Macedonia.—Victorio de Paulo Emilio.—Sumision de la Macedonia y del Epiro.—Las embajadas de Asia y de Africa en Roma.—Los triunfos.—Alianza de Roma con los macabeos.—Los romanos son llamados á la Galia.—Preparativos para la destruccion de Cartago.—Guerra de España.—Ultimos esfuerzos contra Cartago.—Resistencia de los cartagineses.—Ruina y destruccion de Cartago.—La Macedonia, provincia romana.—La Acaya, provincia romana.—Viriato y la España.—Toma de Numancia.—Reduccion de Pérgamo.—Estado de las provincias conquistadas.—Despotismo de los procónsules.—Exacciones de los publicanos.—Corrupcion de Roma.—Censura de Paulo Emilio.

La conquista continúa lo mismo en Oriente que en Occidente. Grandes y pequeños, Roma no perdona nada; ha sonado la última hora para las naciones.

Desde luégo se desembarazó de los inofensivos Statielles, los únicos de entre los ligures que no se manifestaron hostiles. Su opresion no parecia que debiera inspirar ningun obstáculo; Popilio Lenata vendió diez mil de éstos en pública subasta. Ante este espectáculo, la Cisalpina hizo un último esfuerzo; pero desde el año 163 quedó completamente sometida á la ciudad. La Istria, Córcega y Cerdeña tambien habian sido sometidas por las armas (182-168); la desgraciada Cerdeña proporcionó desde el principio tantos cautivos á sus vencedores, que para indicar que una mercancía se vendia á un infimo precio, se decia: *Al precio de los sardos*. Finalmente, Sempronio Graco sujetaba á los pertinaces celtiberos en la ulterior, y por una excepcion honrosa dejaba entre los vencidos un recuerdo de moderacion, de bondad y de va-

lor (178). Postumio, un poco más léjos, derrotaba á cuarenta mil lusitanos. Roma podia respirar.

Pero el siguiente hecho la deshonra. Impacientada Roma porque el grande Anibal al frente de los bitinios habia conseguido una pequeña victoria sobre la armada de Pérgamo, se indignó al saber que el desterrado de Cartago todavia venciera; y el vencedor de Filipo, el libertador de la Grecia, Flaminio, aceptó la mision de ir á reclamar al glorioso fugitivo cerca del cobarde Prusias. Anibal, viendo su casa rodeada por los satélites del rey, tomó un veneno ó mandó á un esclavo que le diera muerte (183). El senado comprendia la importancia de esta muerte; pero el mundo aparentemente no se ocupó de ella (1).

Tampoco la Grecia se indignó cuando supo que Filopemen, el «último de los griegos,» habia sido asesinado por un amigo de los roma-

(1) Cornelio Nepote, *Vida de Anibal*.



nos (183). Filopemen había restablecido la confederación aquea; sólo pensaba en afirmarla, en conservar unidas á las ciudades contra Roma, sin oponerse de frente, y en ahogar todas las rivalidades. Durante la guerra contra Antioco, había agregado Esparta y la Mesenia á la liga independiente, y desde entonces todas las comarcas del Peloponeso se habían reunido bajo unas mismas leyes, los mismos magistrados, los mismos pesos y las mismas medidas. Los romanos se deshicieron de Filopemen, porque sin él la liga no era más que un cuerpo sin cabeza. La vida de este hombre, á quien los griegos apellidaron mucho tiempo el último héroe, y que le representaban como un hábil piloto dirigiendo sin temor ni imprudencia (1) los destinos de su país, es arrollado por el torbellino de los asuntos generales del mundo. La sombra de los hombres más grandes aparece muy pequeña comparada con la que proyecta la república conquistadora; dejemos, pues, á Filopemen, porque Roma se anticipa.

Debemos, sin embargo, hacer notar que las embajadas romanas invadían siempre los países ambicionados antes que las legiones; los embajadores llegaron á la Grecia. Por este tiempo Licortas, representante del partido nacional, decía á un comisionado romano: «No hablamos aquí como los aliados á los aliados, como una nación libre á una nación libre, sino como los esclavos que se justifican delante de sus señores» (2). Por este tiempo también Filipo, acusado por los atamamanos, tesalios y los eumenes, amenazado con la guerra é irritado, recogía los tesoros y las armas y exclamaba en un momento de desesperación, que «el sol del último día no se había ocultado todavía.» Sin embargo, desapareció también; había mandado envenenar á su hijo mayor Demetrio, protegido de los romanos, y murió de disgusto, dejando el trono á su segundo hijo, el acusador de Demetrio (179). Perseo no valía tanto como Filipo.

Mientras se trató solamente de engañar,

(1) Plutarco, *Vida de Filopemen*; Tito Livio, libro V, XXXV, XXXVI, XXXVII, XXXIX.

(2) Tito Livio, lib. XXXIX; Polibio, *Embajadas*.

Perseo lo consiguió cerca de Prusias, de Antioco y de Cartago; pero una delación de Eumenes fué la señal de la tercera guerra de Macedonia. La astucia fué combatida al principio por la astucia; los diputados le entretuvieron. Después llegaron los cónsules. Perseo perdió el momento más favorable (171); pero tampoco hicieron nada sus tres principales adversarios, Licinio, Hostilio, Filipo. Todavía tenía al valiente y arriesgado Cotys con sus tracios, y además cuarenta y tres mil hombres, su falange y una nueva invención de flechas cortas que se arrojaban con honda y herían á larga distancia. Un poco de firmeza y un triunfo de la caballería sobre las riberas del Peneo le proporcionaban una gran victoria. En vano pidió la paz; los romanos comprendieron desde luego que era peligroso comprometerse en los desfiladeros de la Macedonia; para destruir las legiones bastaban algunos soldados, y él no contaba con ellos. Sin embargo, los aliados del Senado se retiraron de la lucha. El Epiro y el rey de Iliria, Sencio, tomaban las armas contra los agresores. Viéndose sólo el rey de Macedonia, y conociendo su insuficiencia, creíase vencido contra su suerte, como en efecto lo fué cuando se presentó Paulo Emilio (1).

En seguida Paulo Emilio restableció el orden y la disciplina en el campo, y mandó á su hijo á tomar por asalto el Olimpo y volver luego á Macedonia, mientras él reunía al enemigo en Pidna, donde al fin se encontraron los ejércitos en la llanura.

La victoria iba á decidir entre la legión y la falange. Los macedonios, uniendo sus escudos y bajando sus lanzas, llevaron al principio la ventaja. Un tribuno arrojó su insignia en medio de aquel bosque de lanzas; pero todo fué inútil, pues se quedó allí. Paulo Emilio rompió su cota de armas. Desgraciadamente la falange en su movimiento dejó algunos huecos, y por ellos se arrojaban pequeños cuerpos de ejército, que se unieron á sus flancos y la desordenaron; todo había concluido para Macedonia. Perseo, después de esta traición, se refugió en la isla de Samotracia; Sencio también

(1) Tito Livio, lib. XL-XLII.



había sido vencido y preso, desapareciendo igualmente la Iliria (168) (1).

El Senado manifestó entonces el uso que hacía de la victoria. Proclamó á toque de trompeta la «libertad de los vencidos,» les impuso un tributo, les prohibió la libre explotación de sus minas de oro y plata, y dividió los dos reinos, aquél en tres cantones, y éste en cuatro. En el Epiro, sometido también por la guerra, fueron saqueadas todas sus ciudades en un sólo día, y reducidos á esclavitud ciento cincuenta mil de sus habitantes. Esto no obstante, los soldados de Paulo Emilio no quedaron satisfechos de su general, y fué preciso dar muerte á quinientos cincuenta de los principales etolios, y arrancar de sus países á los rehenes de la Etolia, del Epiro, Acarnania y Beocia. El traidor Calicrates consiguió el destierro de mil aqueos, entre los cuales estaba Polibio, hijo de Licortas, que había sido amigo de Filopemen y que fué á Roma á escribir la historia de sus vencedores.

Roma, que mandaba sus embajadores á todas partes, recibía también embajadas, pero no para exigir ni imponerse, si que para pedir algún favor, tales como la de Antioco, rey de Siria, á quien una sola palabra bastó para detenerle en Egipto, no saliendo del círculo trazado por Popilio más que para obedecer sus órdenes, y las de Ptolomeo de Egipto, de Atalo y Eumenes de Pérgamo, y de Masinisa de Numidia. El hijo de Masinisa decía que su padre tendría siempre todo lo que quisiera del pueblo romano. Los diputados de los rodios que quisieron observar por algún tiempo la neutralidad fueron castigados con la privación de la Licia y de la Caria. Finalmente, y para colmo de ignominia, el cobarde Prusias presentóse en Roma con gorro verde para humillarse ante los dioses, al Senado y al pueblo romano, colocándose sobre el umbral de la puerta por donde pasaban los padres, besando la huella de sus pies y llamándoles *dioses tutelares* (2).

Después tienen lugar los triunfos. Paulo

(1) Plutarco, *Vida de Paulo Emilio*; Vell. Paterculus.

(2) Tito Livio, l. XLV.

Emilio remontó el Tiber sobre una galera real, y detrás de él aparecieron los despojos; el botín era de tal naturaleza, que desde entonces se abolió la capitación en Roma, pagando las daciones por la ciudad. Habiendo pedido Perseo que se le eximiera de la humillación pública de este paseo militar, que había excitado la risa brutal de Paulo Emilio, se le contestó: «*De ti depende;*» lo cual le aceleró la muerte, así como á Gencio, y el hijo del rey de Macedonia fué escribiente en Roma. El Senado tenía en Roma en calidad de rehenes un gran número de hijos de príncipes, á quienes acostumbraba á la esclavitud.

Sin embargo, el Oriente ofrecía un espectáculo majestuoso; un ruido de armas, acompañado de gritos en favor de la independencia, llegaba entonces á las orillas del Tiber, y Roma, por su parte, aplaudía los esfuerzos de los macabeos. Roma continuaba sus designios y Dios los suyos.

Por la misma época las legiones pasaron por primera vez los Alpes y bajaron á la Galia. Los galos, por lo ménos, no tuvieron por qué arrepentirse de haber introducido entre ellos á los romanos. El extranjero Masalio llamó á éstos peligrosos aliados.

Masalio se unió pronto á los romanos, á quienes socorrió con sumas considerables en la época de la invasión de los galos, y haciendo traición á la causa de la independencia, les avisó el paso de Aníbal y Asdrúbal. Roma hizo un tratado con los masalistas, y en él les concedió grandes honores y los mismos puestos en el teatro de Roma que los señalados á los senadores. Pero no bastó esto; Masalio pidió ayuda y protección contra sus vecinos, cuyo llamamiento fué conveniente á la política romana. Había llegado la ocasión.

Habiendo excitado Masalio con sus injustas usurpaciones sobre la ribera derecha del Var (154) las justas represalias de los ligures, se puso bajo la protección de los extranjeros. Los ligures sitiaban á Niza y Antibes; el Senado envió embajadores, y no les dejaron desembarcar. Q. Opinius vino en su nombre con un ejército, derrotó á estos bárbaros y se retiró, abandonando á los oxybios y los deceatos á la



ambición de los masaliotas, sin reclamar aún el precio del servicio (1).

La conquista adelantó nada más en Grecia, África y España. En todas partes hubo hechos heroicos; pero si el mundo hubiera podido salvarse, lo habría sido por Aníbal.

La patria de este grande hombre estaba reducida á la impotencia. ¿Qué podía hacer dividida en tres facciones ó partidos, uno vendido á los romanos bajo la protección de Hannon, otro con el nombre de Aníbal Passer, vendido á Masinisa, y el tercero, el partido popular, que tenía conciencia de su dignidad, obraba con calor, pero se desalentaba con facilidad? Cartago se desesperaba porque no conseguía la paz de la Numidia ni la justicia de Roma. El rígido Catón respetaba poco los tratados; mandaba hijos de un país que solamente distaba tres jornadas de Italia, y no toleraba que Cartago, después de cincuenta años de una paz comprada á tanta costa, tuviera todavía armas y jóvenes, dado el estado en que la dejó la batalla de Zama. Enviado Catón, este encarnizado enemigo que terminaba todos sus discursos con las famosas palabras *delenda est Carthago*, no podía conducirse con mucha imparcialidad, así es que se ocupó casi exclusivamente de la conquista y muy poco del derecho. Los que, como Escipión Násica, defendían á Cartago, invocaban en su favor la necesidad de que Roma tuviera un contrapeso.

Motivos mucho más poderosos había para declarar la guerra á España. Los lusitanos habían destruido una legión, los celtiberos un ejército. Fulvio Nobilior, Marcelo, Lúculo, Escipión Emiliano y Servilio Galva hacían la guerra valiéndose de la traición, y aún así apenas conseguían algún triunfo. Hubo momentos en que no se hallaron soldados en Italia que quisieran venir á pelear á España. La matanza de veinte, de treinta mil iberos, producirá las guerras de Viriato (150).

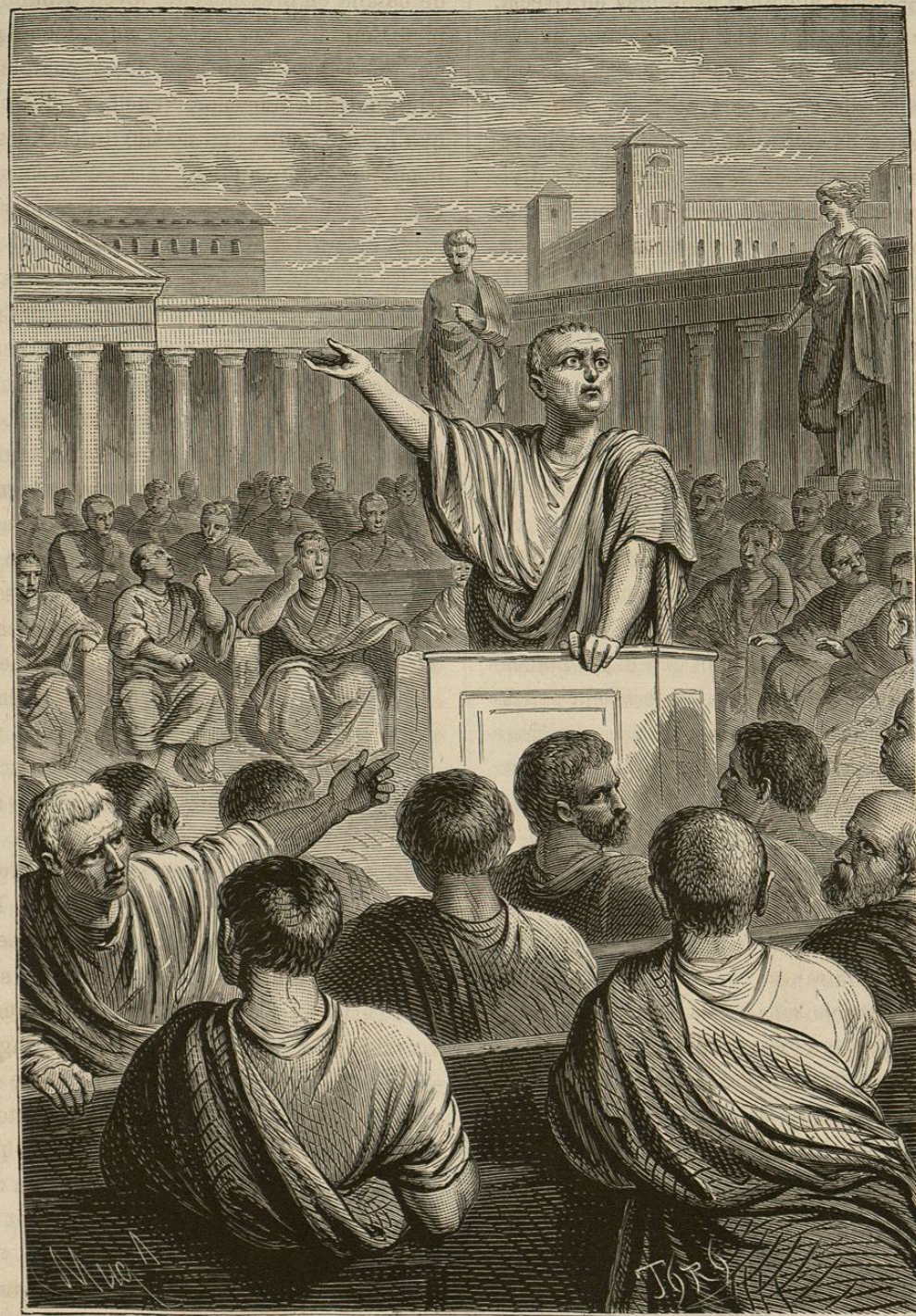
Entre tanto se consiguió excitar á Masinisa contra Cartago, de donde acababa de ser arrojada la facción real. Una legación romana preside el debate. El rey númida, á pesar de sus

(1) Amadeo Thierry, *Historia de los galos*.

ochenta y ocho años, monta en pelo sobre su indómito caballo y pone á su ejército en orden de batalla en presencia del joven tribuno Escipión Emiliano. Los comisionados debían proteger á Masinisa si era vencido, y completar su triunfo si salía vencedor. Venció, en efecto, y sin que los diputados del senado interviniesen en honor de la humanidad, entregó en su presencia á los vencidos, después de desarmarlos, al sable de sus númidas (1).

El momento pareció favorable. Roma pidió satisfacción cumplida. ¿Pero de qué? Cartago no entendía nada de esto. El año anterior el populacho había insultado á la diputación, pero de los dos culpables, Cartalón estaba desterrado y Asdrúbal fué condenado á muerte, debiendo su salvación á que pudo reunir en torno suyo, pero fuera del territorio cartagines, veinte mil hombres. En este hecho la fe romana aparece tal como es, es decir, odiosa. Dos cónsules estaban preparados ya para pasar al África, cuando los cartagineses prometieron hacerse vasallos suyos; pero á pesar de todo, el ejército romano se reunió en Sicilia, y desde allí pidió como rehenes á los trescientos principales ciudadanos, que los mandó á Lilibea, desembarcando el ejército en Útica. Desde Útica reclamó las armas y los barcos; los cartagineses contestaron que necesitaban las armas para defenderse contra los muchos enemigos que les rodeaban y los barcos para subsistir, puesto que vivían del comercio; pero Roma toma á su cargo la defensa de Cartago y se apodera de las armas, como igualmente de las galeras. Entonces se les hace saber á estos desgraciados que Cartago será destruida y que sus habitantes podrán establecerse en una ciudad sin murallas, distante por lo ménos diez millas del mar. El discurso del cónsul Marcio, en que les probaba que no tenían por qué quejarse, que el mar les había perdido, que la vida por tierra era más estable y feliz que todos los cambios del comercio, ¿era un sarcasmo, ó una simple justificación? Esta moral estaba apoyada en un formidable preparativo. Por otra parte, esta pobre ciudad, á quien se vituperaba su

(1) Floro, lib. II; Tito Livio.



DELENDÁ EST CARTHAGO